

ARQUEOLOGÍA DE PASOS CORDILLERANOS: UN CASO DE ESTUDIO EN PATAGONIA NORTE DURANTE EL HOLOCENO TARDÍO¹

ARCHAEOLOGY OF ANDEAN PASSES: A CASE STUDY OF NORTHERN PATAGONIA DURING THE LATE HOLOCENE

CRISTINA BELLELLI*
VIVIAN SCHEINSOHN**
M. MERCEDES PODESTÁ***

El objetivo de este trabajo es determinar, a partir de la información arqueológica actualmente disponible, el grado de permeabilidad que tuvieron los Andes patagónicos entre los paralelos 41° 30' y 43° 40' latitud sur en la interacción entre los grupos cazadores-recolectores que poblaron la región. Para efectuar esta evaluación analizamos la presencia de pasos, las evidencias de su uso efectivo y la distribución del arte rupestre, de objetos decorados y de obsidiana. Los resultados de este trabajo permiten plantear un modelo de circulación preferentemente norte-sur, con adaptaciones costeras en el sector occidental de la cordillera y terrestres en el oriental. La circulación transcordillerana este-oeste parecería estar limitada a códigos visuales/simbólicos. Este modelo de circulación deberá integrar en el futuro otro tipo de preguntas que ayuden a explicar por qué la cordillera no fue permeable para cierto tipo de materiales.

Palabras clave: pasos cordilleranos, bosque andino-patagónico, interacción, arte rupestre, arte mobiliario, obsidiana

The objective of this paper is to evaluate the permeability that the Patagonian Andes had between 41° 30' and 43° 40' South Latitude for the interaction of the hunter-gatherers that populated the area during the Late Holocene. For this study, we analyzed the availability of mountain passes, evidence of their use, the distribution of rock art, decorated objects and obsidian. The results have enabled us to propose a circulation model that has a predominantly North-South orientation, with coastal adaptations on the western side of the Andes, and inland adaptations on the eastern side. East-West trans-Andean circulation seems to have been limited to visual/symbolic codes. In the future, this model should be developed further through trying to answer other types of questions, such as why certain materials never crossed the Andes.

Key words: Andean passes, Andean-Patagonian forest, interaction, rock art, portable art, obsidian

* Cristina Bellelli, CONICET, Universidad de Buenos Aires, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, 3 de febrero 1370 – 1426 Buenos Aires, Argentina, email: bellelli@mail.retina.ar

** Vivian Scheinsohn, CONICET, Universidad de Buenos Aires, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Buenos Aires, Argentina, email: scheinsohn@mail.retina.ar

*** M. Mercedes Podestá, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Buenos Aires, Argentina, email: mercedespodesta@yahoo.com

INTRODUCCIÓN

El vasto territorio patagónico, compartido por Chile y Argentina desde la creación de los estados nacionales, presenta paisajes heterogéneos que plantearon importantes desafíos a los grupos humanos que comenzaron a ocuparlo desde hace más de diez mil años. Algunos de estos desafíos tienen que ver con la presencia de características biogeográficas particulares, muchas de las cuales pueden limitar, restringir o incluso impedir la interacción entre los distintos grupos sociales.

El objetivo de esta investigación es determinar el grado de permeabilidad que tuvieron los Andes patagónicos entre los paralelos 41° 30' y 43° 40' latitud sur para la interacción entre los grupos cazadores recolectores que poblaron la región, a partir de la información arqueológica actualmente disponible para el área en su conjunto. Estos paralelos delimitan un área muy amplia que, en sentido este-oeste, abarca ambientes de estepa, ecotono, bosque y costa pacífica.

Este trabajo surge a partir del proyecto que desde 1995 venimos desarrollando al oriente de la cordillera de los Andes, en la región que se conoce como Comarca Andina del Paralelo 42° (en adelante CA42°), situada en el noroeste de la provincia argentina de Chubut y suroeste

de la de Río Negro y en el valle del río Manso inferior y su tributario el Foyel, localizados un poco más al norte de la CA42° (provincia de Río Negro) (fig. 1).

Borrero (1994-1995: 29, 2005: 145) había planteado la posibilidad de que la cordillera de los Andes constituyera una barrera biogeográfica que, como el concepto presupone, implica distintos grados de permeabilidad. En realidad, este autor la considera como posible factor retardatorio de la dispersión de poblaciones. En un trabajo anterior (Bellelli & Pereyra 2002) una de nosotras exploró dicha posibilidad a partir de la evidencia brindada por las obsidias. Aquí nos proponemos discutir esta idea a partir de la evidencia arqueológica disponible en el área objeto de este trabajo, para determinar qué grado de interacción (considerando que son muy pocas las barreras infranqueables para nuestra especie) podría haberse dado a través de la cordillera patagónica durante el Holoceno Tardío.²

LOS ANDES PATAGÓNICOS Y LA CIRCULACIÓN HUMANA

En estas latitudes, la cordillera patagónica tiene características topográficas que, en comparación con lo que sucede en los Andes centrales, son más favorables para la circulación humana. Las alturas son menores y los cordones montañosos son discontinuos y están separados por pasos, boquetes y valles glaciofluviales. Sin embargo, estas ventajas aparentes se ven contrarrestadas por la presencia del bosque templado, caracterizado por una alta cobertura vegetal con gradientes muy pronunciadas y por precipitaciones muy abundantes. Partiendo desde el oeste, las lluvias alcanzan en algunos sectores los 4.000 mm anuales y determinan la formación de un bosque siempreverde con gran diversidad de especies vegetales: la selva o bosque valdiviano. En estas latitudes, la depresión intermedia propia de Chile Central desaparece bajo el mar para formar en la superficie una geografía insular, donde destaca el archipiélago de Chiloé. En la costa continental, frente al archipiélago, el relieve es muy accidentado y las laderas se encuentran cubiertas de densos bosques (fig. 2). Además, la presencia de lagos y ríos encauzados en profundos cañadones que interrumpen la circulación terrestre, obliga a practicar la navegación.

En dirección al este se desarrolla el bosque caducifolio definido entre las isoyetas de 1.500 y 700 mm que presenta un denso sotobosque sin claros, en el que predomina la caña colihue (fig. 3). Estudios paleoambientales recientes determinaron que este bosque se habría establecido, según el gradiente altitudinal, entre

3000 y 6000 AP. Esta variabilidad fue registrada en la CA42°: en el lago Mosquito, Cholila, la expansión del bosque comenzó hacia 3300 AP y alcanzó su máxima expresión en 2700 AP, mientras que en la zona del Nahuel Huapi, se produjo en épocas más tempranas, entre 6000 y 5500 años AP (Whitlock et al. 2006). Así, durante el Holoceno Tardío, el tipo de ambiente era similar al actual (fig. 4).

Dejando los ambientes de bosque, hacia el oriente se desarrolla una zona ecotonal de pocos kilómetros de ancho (fig. 5) para en seguida dar paso al relieve típico de la meseta xerófila, bajos, cañadones y valles fluviales propios de la estepa patagónica que alcanza, en su extremo oriental, la costa atlántica (fig. 6).

En el sector occidental, la circulación humana por tierra en sentido norte-sur es compleja. Las laderas boscosas de la cordillera caen directamente al mar y los cortos valles interiores que se disponen en sentido este-oeste generan pocos espacios practicables, debido a la topografía quebrada y a la densa cubierta vegetal. A este respecto cabe destacar los numerosos relatos de religiosos, exploradores y científicos que dan cuenta de la extrema dificultad de transitar por estos ambientes debido a la combinación de una frondosa vegetación con un terreno con desnivel muy pronunciado: "Perdidos anduvimos algunas horas entre los árboles i los matorrales de ñires, i felicidad nuestra fue encontrar éstos tan espesos, pues más de una vez nos sostuvieron sobre los precipicios que se ocultan en la falda empinada" (Steffen 1909: 242). También otros factores dificultaban el tránsito en el bosque: "Desgraciadamente, todos estos matorrales hacen salir, con cada golpe de machete i con el mas leve sacudimiento, verdaderas nubes de mosquitos i zancudos a cuyos ataques feroces ningún hombre o animal puede resistir sin protección especial" (Steffen 1909: 242).

Esta situación muchas veces obligaba a practicar la navegación –en ocasiones peligrosa–, ya sea por la costa marina, como hacían los grupos canoeros, o por ríos y lagos.³ Por ejemplo, el "camino de las lagunas", tradicional paso transcordero situado a poca distancia del límite norte de nuestra región de estudio, implicaba la difícil navegación del estuario de Reloncaví, del lago Todos los Santos y del lago Nahuel Huapi (Albornoz & Hajduk 2001).

En contraste con esta compleja circulación, el movimiento terrestre con dirección norte-sur en el sector oriental se ve facilitado por la disposición de amplios valles glaciarios y tectónicos. Aquí, los valles que se orientan en dirección oeste-este habilitan el acceso al sector occidental a través de pasos que permiten superar la barrera que conforman la cordillera y el bosque templado. En muchos de esos valles se ubican los pasos



Figura 1. Ubicación de los pasos cordilleranos entre las latitudes de 41° 30' y 43° 40' sur, con la localización de la Comarca Andina del Paralelo 42° y valle del río Manso inferior, los sitios mencionados (punto amarillo: sin arte rupestre; punto rojo: con arte rupestre) y fuentes de obsidiana (punto negro).

Figure 1. Map of the Andean passes between 41° 30' and 43° 40' South Latitude, with the location of the 42° Parallel South and Lower Manso River Valley, the mentioned sites (yellow dot: without rock art; red dot: with rock art) and obsidian sources (black dot).

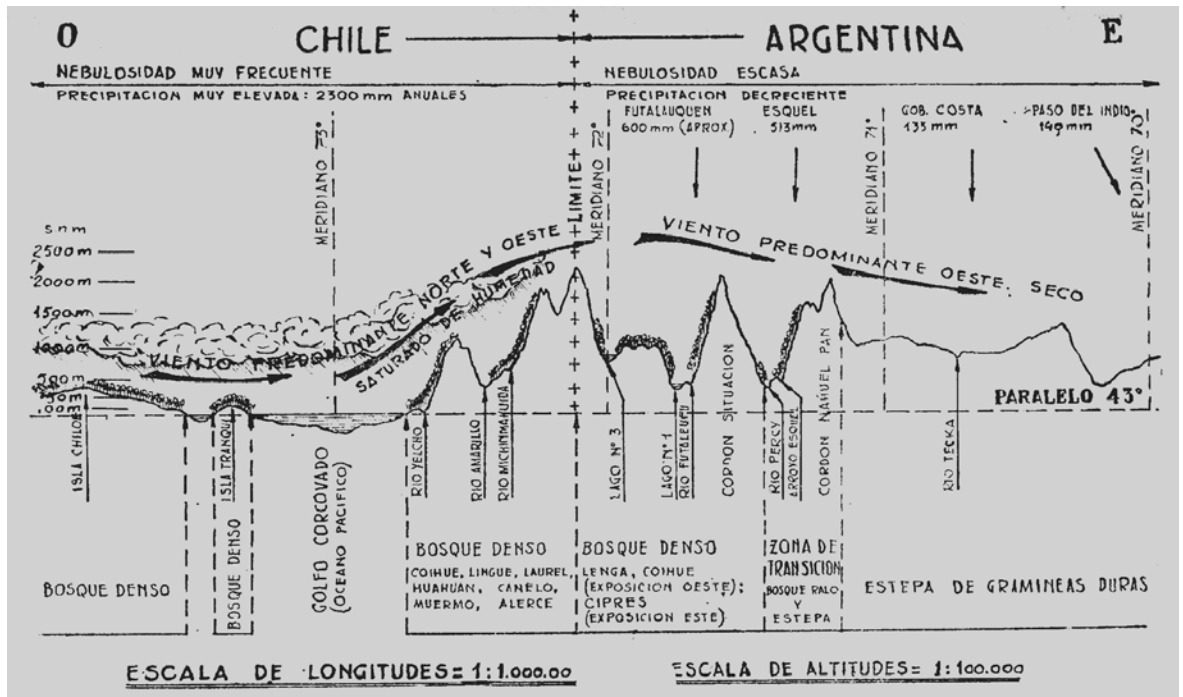


Figura 2. Corte diagramático a la altura del paralelo 43° sur (tomado de Tortorelli 1947: 57).

Figure 2. Sectional diagram of the mountain elevations along the 43° South Latitude (from Tortorelli 1947: 57).



Figura 3. Ambiente de selva valdiviana. Parque Oncol, cerca de la ciudad de Valdivia.

Figure 3. View of Valdivian Jungle. Oncol Park, near the city of Valdivia.



Figura 4. Ambiente de bosque caducifolio en el Parque Nacional Nahuel Huapi.
Figure 4. Deciduous forest in Nahuel Huapi National Park.



Figura 5. Ambiente ecotonal entre bosque y estepa. Laguna El Cóndor, entre Cholila y Leleque.
Figure 5. Forest-steppe ecotonal environment. El Cóndor Lagoon, between Cholila and Leleque.

fronterizos habilitados que, de norte a sur, son: 1) el paso del río Manso/El León que comunica con Cochamó en el estuario de Reloncaví (IGM 1959: 72); 2) el paso Puelo o El Bolsón, que permite el acceso al estuario de Reloncaví a través del lago y del río Puelo (IGM 1968: 77); 3) el valle del río Futaleufú que conecta el territorio argentino con las localidades chilenas de Futaleufú y Chaitén, en el golfo de Corcovado (IGM 1968: 77), y 4) el paso del río Encuentro que une la localidad argentina de Corcovado con Palena en Chile, con acceso también a Chaitén (IGM 1968: 77) (véase fig. 1).

Además de éstos, existen otros pasos fronterizos señalados en la cartografía pero que en la actualidad no están oficialmente habilitados. Algunos de ellos están mencionados en fuentes históricas: 1) entre los ríos Manso y Puelo, los pasos Horqueta y Motoco (IGM 1959: 72); 2) entre el lago Puelo y el paso de Futaleufú, el boquete Oyarzún y los pasos de Menéndez (o Vododahue/Bododahue/Bududahue, utilizado por el sacerdote jesuita Menéndez, Fonck 1896-1900) y Navarro (estos últimos comunican con la zona de los lagos Menéndez y Verde en el Parque Nacional Los Alerces) y los pasos Pantjolin y Arroyo Huemul (IGM 1968: 77), y 3) entre Futaleufú y Corcovado, los pasos Sansana, Baggle, Río Hielo, Mallín de los Límites y El Aceite (IGM 1968: 77).

Los pasos mencionados son de menor altura que los ubicados al norte y al sur del área de estudio. La circulación por ellos, aun en nuestros días, presenta distinto grado de complejidad, principalmente debido a las ya mencionadas diferencias topográficas y vegetacionales que existen entre ambos lados del límite internacional. Un buen ejemplo es el paso situado en el extremo norte del área de estudio, el del río Manso o El León (fig. 7). Este coincide con el curso del río homónimo que en el lado argentino define un valle de fácil travesía, pero que cerca del límite internacional se encajona en un profundo precipicio y queda rodeado de una densa vegetación que dificulta la marcha. En territorio argentino existe un camino vehicular que lleva hasta la frontera, mientras que en el chileno se puede transitar por una huella a caballo o a pie.⁴

Las primeras crónicas, que datan del siglo xvii y que tratan del uso de los caminos transcordilleranos, se registran en el Nahuel Huapi y, en nuestra área, en la latitud de los lagos Puelo y Epuyén. Juan Fernández, en 1621, navega el río Puelo y continúa a pie atravesando la cordillera de oeste a este (Casamiquela 2005). Estos cruces se produjeron desde los primeros asentamientos europeos en el actual territorio chileno hacia esta región. Estuvieron motivados por la necesidad de exploración de los territorios situados al oriente de los Andes y

por la evangelización o captura de sus habitantes para someterlos a la esclavitud, así como por la búsqueda de la Ciudad de los Césares (Albornoz & Hajduk 2001). La importancia de estas crónicas para los objetivos de este trabajo radica en que las rutas, caminos y/o pasos registrados en tiempos históricos estarían utilizando sendas transitadas desde muy antiguo.

Posteriormente, la información sobre pasos cordilleranos correspondiente a la franja latitudinal en estudio corresponde al cruce emprendido por Menéndez a fines del siglo xviii por el paso del Vododahue (en el actual Parque Nacional Los Alerces). Entre los relatos más recientes destacan los viajes de Steffen (1909) en el siglo xix, quien recorre la zona del río y lago Puelo y del valle del río Manso inferior.

LA INFORMACIÓN ARQUEOLÓGICA

Sector oriental andino

En un principio, las preguntas surgidas a partir de la información arqueológica generada en sitios de la estepa (área de Piedra Parada, valle medio del río Chubut, Aschero et al. 1983, entre otros) nos llevaron a investigar en el ámbito boscoso. En la estepa las condiciones de preservación son muy buenas, lo que permitió registrar evidencias vegetales procedentes del área boscosa. Concretamente en la localidad Piedra Parada, se recuperaron artefactos confeccionados en caña colihue (*Chusquea culeou*), un fragmento de *Nothofagus* sp. en un fogón del sitio Alero Don Santiago y restos de *Chusquea* sp. en Campo Cerda 1 (Marconetto 2002; Pérez de Micou 2002). Así quedó planteada la posibilidad del acceso, directo o indirecto, de las poblaciones de estepa a recursos del ecotono y del bosque (localizado a unos 100 km lineales aproximadamente). A título de hipótesis postulamos que los cazadores-recolectores de la estepa explotaban los ambientes boscosos para obtener vegetales específicos como plantas medicinales, resinas y determinados tipos de maderas y cañas, además de hongos (Bellelli et al. 2003), ya que no habría otros recursos que justificaran esa explotación (véase en Cox 1999 el uso en tiempos históricos de algunos de estos recursos). Las condiciones de conservación de este tipo de evidencia en el bosque hicieron difícil evaluar esta propuesta, pero se advierten semejanzas importantes con la estepa en los conjuntos líticos y cerámicos (Carballido 2007; Podestá et al. 2007), en el arte rupestre (Aschero et al. 1983; Onetto 1991; Podestá & Tropea 2001; Podestá et al. 2007) y en el procesamiento de ungulados orientado a la obtención de grasa (Fernández 2008).



Figura 6. Ambiente de estepa, en cercanías de Leleque, al este de Cholila.
Figure 6. Steppe environment, near Leleque, east of Cholila.



Figura 7. Hito límite en el paso del Manso o El León, ubicado en el interior de una vivienda.
Figure 7. Border marker in a home lot, in El Manso or El León Pass.

Las investigaciones desarrolladas por nuestro equipo, centralizadas específicamente en la localidad de Cholila, en el valle del río Epuyén y en la cuenca del río Manso inferior (Bellelli et al. 2000, 2003; Podestá et al. 2000, 2007), permitieron ubicar sitios en lugares muy específicos del paisaje. Destacan aquellos localizados en bordes de mallines y los aleros, paredes y bloques rocosos con arte rupestre que son los de mayor visibilidad.⁵ Las características topográficas y vegetacionales ya descritas dificultan la identificación de otros tipos de sitio, como también ocurre en el sector chileno (Labarca 2007 Ms). A esto se suma la práctica de recolección selectiva de artefactos por parte de aficionados y la existencia de procesos naturales y antrópicos que atentan contra la preservación de restos y pinturas rupestres. Además, la depositación natural de huesos, el pisoteo, la acción de incendios forestales y la destrucción ósea y de otros materiales orgánicos, producto de las fluctuaciones en los niveles de humedad, son los principales factores que incidieron en la baja integridad que presentan los depósitos en estratigrafía (Fernández et al. 2008).

Hasta el momento se contabilizan en toda la región 44 sitios con pinturas rupestres asignadas a los momentos más tardíos de la secuencia de arte rupestre de Patagonia: estilo de Grecas (Menghin 1957) o Tendencia Abstracta Geométrica Compleja (TAGC) (Gradin 1999) y su variedad regional denominada Modalidad del Ámbito Lacustre Boscoso del Noroeste de Patagonia o MALB (véase Albornoz & Cúneo 2000).

La TAGC se encuentra ampliamente presente en el sector oriental de los Andes –tanto en la zona cordillerana como en la estepa patagónica, llegando inclusive a la costa atlántica–, mientras por el sur sobrepasa los 47° latitud sur. Esta extensa distribución ha sido explicada por diversos autores a través del crecimiento demográfico y de los sucesivos desplazamientos humanos que se produjeron durante esos momentos en la Patagonia. Las redes de comunicación eran muy amplias y probablemente a esto se deba el barniz común, estandarizado, en la representación geométrica que el arte adquiere en estos momentos (véase un resumen de esta problemática en Podestá et al. 2005). En contraste, la modalidad regional (MALB), que se inscribe en la tendencia mencionada, tiene una dispersión espacial más restringida y está concentrada en el corredor de los lagos del bosque andino-patagónico de Patagonia norte (lagos Lácar, Nahuel Huapi, Gutiérrez, Mascardi y Guillermo y en parte de los sitios de la CA42° y de la cuenca del río Manso inferior).

En estos sitios, la TAGC se caracteriza por representaciones de tipo abstracto, cuyo patrón formal básico está compuesto por un trazo lineal recto y

corto, dispuesto en ángulo recto, que conforma líneas escalonadas o almenadas. También las hay en ángulo agudo que componen líneas en zigzag. Mediante la unión de estos trazos se organizan figuras geométricas simples y complejas. En su conformación más elaborada la línea de patrón escalonado-almenado-zigzag define a las grecas (figura que da nombre al estilo). La línea recta sin quebrar se utiliza en general para limitar los enmarcados y para figuras de rombos y tridígitos, entre otros. Los motivos combinados más comunes son los círculos simples y concéntricos. En este estilo hay una baja incidencia de motivos figurativos (figuras humanas y de animales) (fig. 8).

La MALB presenta motivos geométricos más sencillos y menos regulares que los clásicos del estilo de Grecas o TAGC de la estepa. En algunos sitios están asociados con representaciones de animales (camélido, huemul, caballo) y figuras humanas que suelen tener tres dedos en sus extremidades y/o indicación de sexo y los brazos elevados (figuras “orantes”, como en el sitio Pataguas en el Río Epuyén, véase fig. 9). Estas últimas aparecen frecuentemente con representaciones de cruces, soles, clepsidras, como ocurre en el Paredón Lanfré, conformando temas que se reiteran. Otros sitios presentan sólo motivos geométricos, algunos similares a esta modalidad, como grandes zigzags verticales paralelos a veces realizados a manera de dígitos con arrastre (Albornoz & Cúneo 2000; Albornoz 2003; Podestá & Albornoz 2007).

En los sitios con arte rupestre de Cerro Pintado (Cholila), Risco de Azócar 1 (valle del río Epuyén) y Paredón Lanfré (valle del río Manso inferior) se concluyeron las excavaciones y sus resultados fueron presentados en distintas publicaciones (véase Bellelli et al. 2003; Podestá et al. 2007; Bellelli et al. 2007 y Fernández et al. 2008, entre otros). El registro arqueológico brindó información sobre el arte rupestre –que aquí cobra especial importancia dada su visibilidad y variabilidad–, la tecnología, la subsistencia y la cronología.

En los tres sitios las puntas de proyectil de tamaños pequeños son los instrumentos más representados. Además, se registraron frecuencias altas de fragmentos no diferenciados, tanto de filos como de artefactos, raspadores y bifaces, entre otros. Las materias primas sobre las que se confeccionaron la mayor parte de los artefactos son rocas silíceas de buena calidad para la talla y se registró una muy baja pero constante presencia de la obsidiana, tanto entre los instrumentos como en los desechos de talla. Buena parte de los conjuntos líticos presentan alteraciones producidas por el fuego debidas, posiblemente, a la acción de los incendios forestales que dificultan la identificación de los artefactos y de



Figura 8. Arte rupestre del Estilo de Grecas o Tendencia Abstracta Geométrica Compleja. Paredón Lanfré, valle del río Manso inferior.

Figure 8. Greca Style, or Complex Abstract Geometric Tendency, rock art. Paredón Lanfré, lower Manso River Valley.



Figura 9. Arte rupestre de la Modalidad del Ámbito Lacustre Boscoso del Noroeste de Patagonia. Alero Pataguas, valle del río Epuyén (detalle).

Figure 9. Lake-forest Area Style rock art of Northwest Patagonia. Pataguas Rock Shelter, Epuyén River Valley (detail).

las materias primas sobre las que se confeccionaron. Las actividades predominantes en los sitios estudiados fueron las de formatización final de instrumentos y reactivación de filos. A éstas se suma, en Cerro Pintado, el recambio de puntas de proyectil (Bellelli et al. 2007; Carballido 2007; Podestá et al. 2007).

En los sitios excavados en la CA42° se verificó la presencia de tiestos. La mayoría son fragmentos de cuerpo y, en muy escasa proporción, asas y bordes. La proporción de tiestos en cada uno de los sitios es variable siendo más abundantes en Paredón Lanfré, diferencia que no se explica por el tamaño de la muestra. Allí también se registró una pieza singular: se trata de una pequeña cuenta realizada en cerámica. Además, en los tres sitios se recuperaron torteros completos o fragmentados y en algunos casos se comprobó que fueron realizados con tiestos reciclados. El estado de fragmentación y el hecho de que la mayoría de los tiestos presentan rastros de haber sido afectados por el fuego, hace imposible distinguir diferencias tecnológicas entre ellos y formas y/o tamaños. Son muy pocos los tiestos decorados, pero se observan ciertas diferencias entre los sitios Cerro Pintado (ubicado al sur de la CA42°) y Paredón Lanfré (en el sector norte, valle del río Manso inferior). En el primero presentan líneas incisas rectas, mientras que en el segundo tienen bandas modeladas, simples o dobles paralelas, dispuestas horizontalmente. En el mismo sitio hay tiestos con engobe y también con pintura que, en un caso, posiblemente sea de tipo resistente (Bellelli et al. 2003; Bellelli et al. 2007; Podestá et al. 2007). La decoración por medio de bandas sugiere ciertas semejanzas con las descritas para sitios ubicados más al norte, como, por ejemplo, en Valle Encantado I, al norte de Bariloche (Hajduk & Albornoz 1999).

En los tres sitios analizados se han recuperado restos de huemul (*Hippocamelus bisulcus*) que presentan signos de aprovechamiento humano (por ejemplo, huellas de procesamiento). En Cholila y el valle del Manso inferior también hay piezas óseas de guanaco (*Lama guanicoe*), aunque sólo aquellas provenientes de la primera localidad poseen evidencias de consumo humano. Dado que a esta latitud huemules y guanacos se distribuyen siguiendo el gradiente oeste-este de precipitaciones y vegetación, la presencia y abundancia taxonómica de estas especies podría explicarse por la ubicación de los sitios. En Cholila, localizada en el bosque, pero a una distancia relativamente cercana al ecotono con la estepa, los especímenes de huemul son mucho más numerosos que los de guanaco. En el valle del río Epuyén, al interior del bosque, no hay restos óseos de guanaco, mientras que en el Manso –con una ubicación similar al sitio del río Epuyén– sólo se halló una falange. Ya que el ecotono se

encuentra aproximadamente a 60 km lineales al este de esta última localidad, la presencia de esta falange constituiría una evidencia de transporte (Fernández 2006, 2008). Además, en todos los sitios se recuperaron numerosos fragmentos de valvas de *Dyplogdon* sp. (que pueden ser tanto locales como alóctonas) y cuentas realizadas con ellas. Son abundantes los pigmentos minerales, naturales y preparados. También hay artefactos vinculados con su fabricación (manos y molinos, principalmente, con restos de pigmentos adheridos).

La ocupación en estos tres sitios ocurrió de manera ininterrumpida desde 1870±80 (LP 1313, 1575-1982 años cal. AP), que es el fechado máximo registrado en el área (Cerro Pintado).⁶ Si se tiene en cuenta que el inicio de las pinturas asignadas al estilo de Grecas o TAGC se verifica tanto en otros sitios de Patagonia como en los investigados en este proyecto, en un lapso que varía entre 1300 y 700 años AP (en Podestá et al. 2005 está desarrollada la explicación de este marco temporal para la TAGC), las primeras ocupaciones de estos tres sitios habrían antecedido a la ejecución de las expresiones de arte rupestre y habrían continuado hasta comienzos del siglo XVII, según surge de la información del sitio Paredón Lanfré, en el río Manso inferior (Podestá & Albornoz 2007; Podestá et al. 2007).

Fuera de la CA42° y al sur de la misma (Parque Nacional Los Alerces) hay fechados anteriores (3040 años AP, según Arrigoni 1997). Pero los más antiguos se ubican al norte. Se trata de dos sitios cuyas primeras ocupaciones fueron asignadas al Holoceno Temprano: alero El Trébol (Hajduk et al. 2006) datado en 10.570±130 AP y Cueva Trafal I, datado en 9430±230 AP (Crivelli Montero et al. 1993).

Sector occidental andino

En el sector chileno, que abarca gran parte del territorio conocido como Chiloé continental, además del archipiélago homónimo, las ocupaciones más antiguas corresponden al sitio paleoindio Monte Verde, localizado en ambiente de bosque y a 50 km de la costa (Dillehay 1997).⁷ Sin embargo, el poblamiento continuado de la zona se da a partir del Período Arcaico y consiste en una adaptación especializada a ecosistemas de bosques siempreverde y de marismas, con un modo de vida que representó una “bisagra” entre el continente y el mar (Gaete & Navarro 2004). Esta adaptación comenzó hace 5580±40 años AP (6430-6290 AC, fechas calibradas con dos sigmas, Flores & Lira 2006, Tabla 1) en el seno de Reloncaví, y 5030±120 años AP en Puente Quilo, Chiloé (6166-6150 AC, fechas calibradas con dos sigmas, Flores & Lira 2006, Tabla 1) y persistió hasta el Holoceno Tardío. Se trata de grupos

humanos cazadores, pescadores y recolectores adaptados a ambientes costeros que colonizaron este sector interconectando puntos distantes mediante el uso de canoas.⁸ Las evidencias aparecen en una gran cantidad de sitios que, además, poseen una intensa ocupación (Munita 2007).⁹ A 100 km al oeste, en línea recta del sitio excavado en el valle del río Manso (Paredón Lanfré), se encuentra el conchal Piedra Azul, en la bahía Chamiza del seno de Reloncaví, que fue ocupado ininterrumpidamente entre la época mencionada al inicio de estas líneas y 4140 a 3700 años AP (4480 a 4340 AC y 2190 a 1740 AC, fechas calibradas con dos sigmas), y nuevamente en 745±75 años AP y 775±70 (1260 DC y 1225 DC, fechas calibradas con dos sigmas) por cazadores pescadores recolectores alfareros (Gaete & Navarro 2004, Cuadro 1). Estos últimos fechados son contemporáneos con los de los sitios que hemos registrado en CA42° y en el Manso inferior. Además, 10 km al sur del anterior se localizaron cinco conchales a lo largo de 7 km de costa. Los fechados más antiguos se registraron en el sitio Centro de Acuicultura Metri (se cuenta con dos fechados de 4665±65 y 4540±70 AP -5576-5538 AC y 5313-4951 AC, calibrados con dos sigmas, Flores & Lira 2006), mientras que los otros sitios presentan fechados más recientes que llegan a los 1825 a 2151 AP (fechados calibrados con dos sigmas). Además, hay ocupaciones cerámicas sin fechar (Flores 2007).

Ahora bien, la información arqueológica más pertinente para este trabajo es la aportada por Labarca (2007 Ms) quien, con motivo de un estudio de impacto ambiental en el valle del río Manso (sector chileno), ubicó en un ambiente boscoso –a escasos kilómetros de la frontera con Argentina y, por consiguiente, de los sitios localizados por nuestro equipo– dos aleros con arte rupestre del estilo TAGC (Torrentoso 01 y Correntoso 01), un sitio de superficie y otro alero con sedimento potencialmente excavable.

Digamos, por último, que la producción de alimentos fue un modo de subsistencia practicado en los momentos previos al contacto con el europeo en una amplia región del sector occidental andino, “[...] superando incluso la barrera de los canales para arraigarse en ‘remotos e inaccesibles’ islotes del archipiélago de Chiloé [...]”, mientras que en el sector oriental esta práctica no supera los 36° latitud sur (Mena 1991: 152).

CASOS DE ESTUDIO

La información arqueológica conocida hasta el momento en territorio argentino indica que en las latitudes en que se centra este trabajo –en una región muy amplia que vinculaba la estepa y el bosque andino a partir

de 3000 años AP y con mayor sustento desde 2000 AP— se registra un incremento en la ocupación de los espacios. Esta evidencia, que consiste básicamente en la presencia de un mismo estilo de arte rupestre y en una serie de semejanzas en el repertorio material de las poblaciones que habitaron este sector de la Patagonia, permite sugerir el desarrollo de un entramado por donde circulaban bienes, ideas, información y/o grupos sociales, apoyado en el conocimiento de ambos ambientes, en el aprovechamiento de los recursos disponibles y en el uso de las mismas vías de comunicación.

Al inicio de este trabajo propusimos discutir la posibilidad de interacción entre ambas vertientes de la cordillera durante el Holoceno Tardío, partiendo de la premisa que son pocas las barreras biogeográficas que detienen la circulación de los grupos sociales, las ideas y los materiales. Si el sector occidental de la cordillera estuviera incluido en esa red que integra estepa y bosque, la distribución espacial de las evidencias que indican esas redes debería estar presente en el actual territorio chileno.

Para poder evaluar esta hipótesis analizaremos la distribución espacial y la presencia/ausencia de tres componentes del registro arqueológico del área de estudio: 1) arte rupestre, 2) objetos decorados y 3) obsidias.

Arte rupestre

En muchas ocasiones se ha analizado al arte rupestre como un indicador de interacción social aduciendo que fue la manifestación de un flujo de información que circulaba entre diferentes puntos del espacio. A través de este flujo, las representaciones rupestres, más allá de los mensajes que probablemente transmitían, actuaban como indicadores de dichos contactos y diseñaban una compleja red que permitía describir las vías de circulación, sus límites y, en ocasiones, establecer entre quiénes se producía esa comunicación (véase p. e., Gamble 1980). Aschero (1997) muestra cómo las elecciones de cierto emplazamiento (soporte) podían determinar, entre los grupos cazadores-recolectores, los circuitos anuales de movilidad. De tal manera, un sitio con arte rupestre tenía la facultad de actuar para esos grupos como un lugar de retorno previsto. Onelli (1977 [1903]: 50) fue uno de los primeros en sugerir la posible función del arte rupestre como indicador de sendas y caminos antiguos en estos ambientes cordilleranos; en otras palabras, como hitos o mojones. El tema tampoco pasó inadvertido para Sánchez-Albornoz, el primer investigador que se ocupó de las pinturas de la CA42°, cuando señaló que los sitios de los valles de El Bolsón y del Puelo “siguen una misma línea y, sin que tengamos que caer en la

afirmación rotunda de que las pictografías son marcas en las rutas patagónicas, es indudable que aquí jalonan un camino” (1958: 148).

Como ya hemos indicado, en el área de estudio la tendencia de arte rupestre identificada es la TAGC (Albornoz 2003; Gradín 2003) y su desarrollo se corresponde con los momentos prehispánicos más tardíos (posteriores a 1300 AP) (Podestá et al. 2005). Esta tendencia fue descrita sobre la base de los estilos de Grecas y de Miniaturas, previamente definidos por Menghin (1957). Señalamos también la existencia en la región de expresiones rupestres correspondientes a la variedad regional MALB (Albornoz & Cúneo 2000).

La presencia de la TAGC en territorio chileno es mucho más restringida. Hasta hace poco sólo se conocían escasos sitios ubicados en regiones más meridionales al área que estamos tratando, como, por ejemplo, Río Ibáñez 12 en la región de Aisén continental (Bate 1971; Mena 1987, 1991). Por el contrario, el número de sitios con arte rupestre asignados a tendencias estilísticas cronológicamente anteriores a la TAGC son mucho más abundantes en la región mencionada (véase, por ejemplo, Mena 1987). Este panorama cambió recientemente dado que las prospecciones realizadas por Labarca en la cuenca del río Manso (sector chileno), antes mencionadas, permitieron la localización de dos sitios con arte rupestre de la misma tendencia (TAGC) en cercanías del paso cordillerano Manso/León (fig. 10). Además, informaciones de los pobladores dan cuenta de otros sitios con arte rupestre similar en las proximidades del lago Vidal Gormaz (Lanfré, comunicación personal).

Para ejemplificar la posible función de los sitios con arte rupestre como indicadores de circuitos de interacción social dentro de la totalidad del área objeto de este trabajo, cabe retomar el caso específico del valle del río Manso inferior. En ambos márgenes de este cauce fluvial, a lo largo de 40 km, y en las de sus tributarios (Villegas y Foyel), localizamos 17 sitios con pinturas asignadas a la tendencia y a la variedad regional aludidas. Están separados entre sí por un máximo de 15 km y un mínimo de medio kilómetro, a alturas que varían entre 478 y 857 m snm. La mayoría de estos sitios son pequeños aleros, paredones, bloques rocosos y oquedades. Con algunas excepciones, presentan poco espacio para la ocupación, ya sea por disponer de una superficie pequeña, estar el piso cubierto por rocas de derrumbe, tener pendiente pronunciada y/o poco o ningún reparo. En cuanto al arte rupestre, tienen baja densidad de motivos por sitio y poca superficie potencialmente utilizable (seis sitios entre 1 y 2,5 m² y nueve entre 6 y 28 m², Podestá et al. 2008).



Figura 10. Sitio con arte rupestre en el valle del río Correntoso, afluente del Manso, en sector chileno.

Figure 10. Rock art site in the valley of the Correntoso River—tributary of the Manso River— situated in Chile.

Los sitios del río Manso inferior y los otros estudiados en la CA42° muestran una distribución semejante a lo largo de corredores (véase Scheinsohn & Matteucci 2004, 2005; Matteucci & Scheinsohn 2004, 2005).¹⁰ La reciente localización de los sitios con arte rupestre asignados a la misma tendencia estilística en el sector occidental (Chile) y a la misma latitud, permite ampliar el panorama y plantear el uso de este corredor más allá de los límites fronterizos actuales.

Objetos decorados

Los objetos decorados, que tradicionalmente se insertan dentro de la categoría de arte mobiliario, incluyen una gran variedad de materiales, entre los que destacan el hueso, la roca y la cerámica. En el sector argentino del área que estamos tratando han sido hallados numerosos objetos de este tipo en contextos asignados a momentos tardíos. La mayoría proviene de sitios de superficie, pero algunos se encontraron en estratigrafía. Al igual que el arte rupestre correspondiente a la TAGC, estos objetos decorados tienen una amplia dispersión en el espacio patagónico, tanto en el bosque como en la estepa. Comparten con esta tendencia, además del territorio, una

misma expresión plástica sustentada en formas geométricas realizadas a través de la repetición de un trazo lineal corto que se dispone formando líneas en zigzag, escalonadas o almenadas. Acompañando a esos diseños simples son comunes también, especialmente en el arte mobiliario, los motivos de reticulados conformados por el entrecruzamiento de series de líneas paralelas.

Cabe señalar que en muchos sitios con arte rupestre se han identificado representaciones cuya morfología remite a algunos de estos objetos decorados, como el caso de las hachas y placas grabadas (Podestá et al. 2007). En el trabajo de compilación realizado por Losada Gómez (1980), la autora ubica su dispersión en Patagonia desde las provincias de Neuquén y Río Negro hasta el río Santa Cruz y señala que aparecen en mayor número en las desembocaduras de los ríos Negro y Colorado y en Neuquén. En la Patagonia chilena (Aisén continental), en tanto, Bate (1970) describe una pintura que interpreta como impronta negativa de una placa grabada en Río Ibáñez-1 y dos motivos en positivo en Río Ibáñez-6 que representarían el anverso y el reverso de una placa grabada. Menciona también un fragmento de placa con decoración incisa formando un reticulado que fue encontrada en la desembocadura del río Ibáñez



Figuras 11a y b. Anverso y reverso de la placa de Epuyén. La foto muestra que fue reparada en el centro, ya que en la ilustración publicada originalmente por Greslebin (1930) este sector falta. Foto: Pablo Becerra, Museo de Antropología, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

Figures 11a and b. Face and reverse side of the Epuyén Plaque. The photograph shows that the center of the piece was repaired, since in a drawing published earlier by Greslebin (1930), this part was missing. Photograph: Pablo Becerra, Museo de Antropología, Faculty of Philosophy and Humanities, Universidad Nacional de Córdoba.

en el lago General Carrera. Sade (2008: 148, lámina 19) publica una fotografía de esta pieza.

Otro tipo de objeto decorado que se ha registrado son los *tokis* o “clavas insignias”, que son esculturas de bulto en piedra pulida, de forma asimétrica generalmente semilunar, con mango, y que suelen representar una cabeza ornitomorfa o la figura de un felino (Schobinger 1956). En la bibliografía hay abundantes referencias a estas piezas, tanto en el sector argentino como en el chileno. Generalmente se las recuperó en superficie, aunque hay datos de que algunas aparecieron a diferentes profundidades al practicarse pozos, en contextos de sepulturas tipo “chenques” o en el fondo de un lago (Schobinger 1956). Este autor, en su trabajo de síntesis, da a conocer 21 *tokis* en territorio chileno, desde el río Elqui hasta el lago de Todos los Santos. En Argentina menciona la existencia de 18 piezas, desde el río Mendoza hasta el sur de la provincia del Neuquén.

En el área objeto de este trabajo se conocen hallazgos aislados de placas grabadas, hachas en ocho y *tokis*. Entre las primeras puede mencionarse la denominada “placa grabada de Soto”, hallada en una ladera del cerro Piltriquitrón (El Bolsón) y dada a conocer por Sánchez-Albornoz (1958: 172), que presenta series paralelas de motivos de zigzag dispuestas con diferente orientación. También hay que señalar el hallazgo de dos placas grabadas en la zona de Epuyén (Colección P. G. Alemandri, véase Greslebin 1930) (figs. 11a y b) y que fueron reproducidas posteriormente por Losada Gómez (1980).

En cuanto a los *tokis*, un poblador halló en la zona fronteriza del valle del río Manso inferior la pieza que ilustramos en la figura 12. Además, en el otro extremo del valle nos informaron de un hallazgo similar (Huenchupán, comunicación personal).



Figura 12. “Toki” hallado cerca de la frontera de Chile y Argentina, valle del Río Manso.

Figure 12. Toki found near the border of Chile and Argentina, Manso River Valley.

También durante el transcurso de nuestras excavaciones se encontró un pequeño fragmento de borde de placa de piedra con incisiones que describen trazos cortos, rectos paralelos al borde periferal de la pieza (sitio Cerro Pintado, Cholila, CA42°, fig. 13) y un fragmento de hueso decorado con líneas en zigzag (sitio Paredón Lanfré, río Manso, fig. 14). La decoración de estos artefactos se corresponde con la de muchos otros objetos decorados en contextos de estepa y bosque como sucede con la cerámica de Cerro Pintado y de Población Anticura, sitio inédito recientemente excavado en el valle del río Manso inferior (fig. 15).



Figura 13. Fragmento de placa con incisiones del sitio Cerro Pintado (Cholila).

Figure 13. Incised plaque fragment from the Cerro Pintado site (Cholila).



Figura 14. Fragmento de hueso decorado de Paredón Lanfré (valle del río Manso inferior).

Figure 14. Decorated bone fragment from Paredón Lanfré (Manso River Valley).



Figura 15. Tiesto del sitio Población Anticura (valle del río Manso inferior).

Figure 15. Potsberd from the Población Anticura site (lower Manso River Valley).

Obsidianas

Los análisis geoquímicos realizados sobre obsidianas recuperadas en sitios arqueológicos del bosque y ecotono datados con posterioridad a 1900 AP y los realizados sobre muestras provenientes de varias fuentes conocidas del noroeste de la Patagonia argentina informan que en los sitios de ecotono y bosque ubicados en territorio argentino se utilizaron obsidianas provenientes de tres fuentes distintas (Stern et al. 2000).

Una de ellas está en la meseta basáltica de Somuncura (Sacanana), en el centro de Patagonia norte y a 230 km en línea recta de los sitios de la CA42° (Stern et al. 2000; Bellelli et al. 2006). Esta materia prima también fue muy utilizada en los sitios del ámbito estepario a la misma latitud desde 3200 AP. Además, en el bosque y ecotono se verificó el uso de obsidianas provenientes de localizaciones ubicadas en el mismo gradiente longitudinal: una fuente de la provincia de Neuquén (Covunco, a 400 km en línea recta norte-sur de la localidad Cholila, donde se registró su uso) y otra del Parque Nacional

Los Alerces (al sur de la CA42°) (Bellelli & Pereyra 2002; Bellelli et al. 2006).

En territorio chileno es conocida una obsidiana que está disponible en el volcán Chaitén (Stern & Curry 1995) y que abasteció muchos de los sitios arqueológicos de grupos canoeros tempranos que se desplazaban en la franja latitudinal que comprende la costa de la cuenca de Valdivia, la Isla Grande de Chiloé, el archipiélago de Los Chonos, el seno de Reloncaví y la costa de la cuenca de Valdivia (Chan Chan 18) (véase en Stern & Curry 1995; Gaete & Navarro 2004; Munita 2007). Esta obsidiana no fue identificada en ningún sitio hacia el oriente de la cordillera (Argentina). Del mismo modo, en los sitios chilenos no se registró el uso de fuentes localizadas al este de la cordillera. Otro factor que hay que contemplar en este análisis es el temporal. La obsidiana de Chaitén fue hallada en contextos arqueológicos tempranos mientras que el registro más antiguo de uso de la obsidiana en nuestra área de estudio, como ya se dijo, es posterior al 3200 AP (Valle de Piedra Parada).

DISCUSIÓN

La información arqueológica disponible en uno y otro lado de la actual frontera en el área considerada en este artículo es disímil, lo que limita el alcance de las conclusiones a las que podemos arribar. La procedente del sector occidental, en las latitudes fijadas en este trabajo, se concentra en las zonas costeras e insulares. La mayor parte de las investigaciones se focalizaron allí debido a que, por un lado, éstas se centraron en las adaptaciones canoeras y, por el otro, porque las condiciones de visibilidad y accesibilidad de los sitios son mejores en comparación con las que presenta el bosque valdiviano. Además, la mayoría de la información se refiere a momentos anteriores a los que aquí tratamos (*ca.* 5000 AP), aunque hay algunas dataciones contemporáneas, como ya se señaló. También hay que destacar que en Chiloé y sectores costeros de la Región de los Lagos, en momentos tardíos se detecta la presencia de poblaciones agroalfareras. Sin embargo, en sectores ubicados más al sur, como la Región de Aisén, se registran ocupaciones de cazadores-recolectores terrestres hasta momentos tardíos (Bate 1970, 1971; Mena 1987, 1991).

En cambio la información arqueológica disponible en el sector oriental de los Andes es más homogénea, ya que da cuenta de ocupaciones de cazadores-recolectores terrestres. Si bien no descartamos la posibilidad de que éstos utilizaran medios de transporte acuático, las evidencias arqueológicas que existen hasta el momento corresponden a tiempos históricos, por lo que evaluar el uso de las tecnologías de navegación en momentos previos es difícil.¹¹ Sólo podemos decir que la presencia de sitios arqueológicos datados alrededor de 2000 AP en la isla Victoria del lago Nahuel Huapi (Hajduk 1991) permite suponer su uso.

Ahora bien, más allá del conocimiento de la práctica canoera, hasta el momento no hay evidencias suficientes en la CA42° y en el valle del río Manso inferior que nos permitan sostener la existencia de interacciones entre estas poblaciones y las de la costa pacífica. Fuera de nuestro ámbito específico de trabajo, en el sitio El Trébol y en el sitio Valle Encantado I (a 45 km del Nahuel Huapi) se recuperaron en contextos de momentos avanzados del Holoceno Tardío, varios fragmentos de moluscos de origen oceánico, entre los que se incluyen algunas cuentas que fueron realizadas en estos materiales (Hajduk & Albornoz 1999; Hajduk et al. 2004, 2006), que, según estos autores, probablemente procedían del Pacífico.

En referencia a los componentes del registro arqueológico a través de los cuales nos propusimos evaluar

la interacción entre ambos lados de la cordillera, la distribución de la obsidiana no nos permite sostener su existencia. La obsidiana del volcán Chaitén no está representada en los contextos del sector oriental. Este hecho no tendría que ver con el factor distancia, ya que en dichos contextos se registraron rocas provenientes de localizaciones más alejadas que el volcán Chaitén. A su turno, en los sitios de la costa del Pacífico y del interior insular no se detectaron obsidianas de las fuentes que proveyeron a los habitantes del bosque oriental (Sacanana, Los Alerces o Covunco). La existencia de pasos bajos y practicables en toda su extensión, como los de Futaleufú y Palena, que conducen a las laderas del volcán, hace que sea llamativa la ausencia de esta obsidiana en Argentina y que no estén presentes en este territorio las fuentes detectadas en el sector oriental. Además el hecho de que la utilización de la obsidiana en el sector oriental sólo se registre a partir del 3200 AP, y procedente de Sacanana, habla de que su presencia estaría vinculada con las redes de interacción que surgen en esa época en la estepa, dado que los grupos canoeros del Pacífico disponen de obsidiana con anterioridad.

Entre las evidencias que nos permiten hablar de redes de interacción entre uno y otro lado de la cordillera tenemos la presencia de arte rupestre adjudicado a la misma tendencia estilística en el valle del Manso, tanto en territorio argentino como en chileno. Si bien el uso del paso del Manso/El León pudo haberse dado en momentos anteriores, su utilización concreta puede confirmarse a partir de la presencia de la TAGC y su variedad regional MALB, que, como se mencionó, se desarrolla con posterioridad a 1300 AP. Como hemos adelantado, los sitios con arte rupestre están dispuestos a lo largo de corredores, definidos en términos ecológicos (Scheinson & Matteucci 2004, 2005). En un ámbito como el de la CA42° y el valle del río Manso inferior, es conveniente contar con conocimientos previos y/o saber decodificar características topográficas y datos ambientales para circular (Meltzer 2003). De esta manera, los sitios con arte rupestre podrían funcionar como hitos idiosincráticos para demarcar una ruta previamente reconocida (*wayfinding*) (Golledge 2003), que sólo son significativos para un individuo o un grupo sociocultural. De alguna manera, así ya lo habían planteado autores como Onelli (1977 [1903]) y Sánchez-Albornoz (1958).

El caso de los objetos decorados es más difícil de definir. Muchos autores que se han ocupado del arte mueble en diferentes contextos arqueológicos coinciden en señalar que a partir del estudio de la distribución de estos objetos, que comparten características simila-

res entre sí, es posible establecer la identificación de grupos humanos en una determinada región (véase, por ejemplo, Wiessner 1983 al definir “estilo asertivo”). Así, para los casos que aquí hemos considerado, el *toki* ya mencionado y los patrones decorativos de los objetos decorados (placas, hachas ceremoniales y tiestos encontrados en el sector oriental y el artefacto óseo del Valle del Manso, véanse figuras 12 a 15), que responden a la misma tendencia estilística del arte rupestre, pueden considerarse como indicadores positivos de la circulación transcorderana.

Los resultados positivos de la interacción permiten sostener que al menos una parte de los pasos que hemos considerado aquí deberían haber sido utilizados. Nuestros trabajos y el de Labarca (2007) mostraron que al menos el del río Manso/El León, fue efectivamente utilizado (Bellelli & Podestá 2006; Podestá & Albornoz 2007; Podestá et al. 2008). Trabajos futuros en otros pasos mencionados, que hasta el momento no han sido estudiados arqueológicamente, permitirán corroborar o desestimar este patrón.

Nuestra propuesta, además, puede vincularse con el modelo de poblamiento humano de Patagonia de Borrero (1994-95), que propone una fase de ocupación efectiva en la estepa a partir del 2000 AP. Como hemos dicho, dado que hay un código visual compartido, es necesaria una masa crítica de población entre quienes compartirlo. Esta situación sería concordante con el concepto de “ocupación efectiva” propuesta por este autor. Pero las evidencias que encontramos en el bosque de nuestra área de investigación, hasta el momento, sólo nos permiten identificar una fase de “colonización”. Esta afirmación encontraría sustento en las características de los sitios del río Manso (mencionadas en el acápite “Casos de estudio. Arte rupestre”) y en la evidencia arqueológica recuperada en los sitios excavados que no permite encuadrarlos como bases residenciales, sitios de agregación o nodos (Borrero 2005).

En este sentido, es importante destacar que los sitios con arte rupestre están vinculados con corredores (es decir, con las posibilidades de circulación) y con la legibilidad ambiental (Golledge 2003 y un concepto similar, el de “percepción ecológica”, en Gutiérrez & Martínez 2003 en Borrero 2005) que, como hemos dicho, son factores críticos en este tipo de ambiente y son consistentes con una fase de colonización. Pero incluso así, podríamos contar con una densidad poblacional suficiente como para sustentar un código común, más aún si se tiene en cuenta que esta población podría ser parte de otra, localizada en la estepa, en donde se estaría dando una “ocupación efectiva”.

Más allá de esta discusión creemos que es importante señalar que el modelo de Borrero fue planteado en una escala patagónica. En ese sentido no pensamos que sea apropiado para discutir los procesos que, en otra escala, se estarían dando en nuestra área de investigación. La estructura de recursos en este bosque sólo permitiría una explotación tipo *forager*; por lo que no es esperable su ocupación efectiva por parte de cazadores-recolectores en los términos que plantea originalmente Borrero, a menos que haya acceso a otro tipo de recursos (por ejemplo, marinos) o un cambio de sistema económico (producción de alimentos). Tomando en cuenta nuestra escala espacial y temporal, consideramos más apropiado plantear modelos que permitan contemplar las particularidades del bosque caducifolio y del valdiviano y así poder registrar una mayor variabilidad.

CONCLUSIONES

A partir de las propuestas de este trabajo planteamos, entonces, un modelo de circulación preferentemente norte-sur, con adaptaciones costeras en el Pacífico y terrestres en el sector oriental de los Andes. En este último caso los cazadores-recolectores terrestres habrían cruzado la barrera biogeográfica de la cordillera en algunos puntos en los cuales los pasos permiten la circulación oeste-este, desde y hacia la estepa. La existencia de un único código visual y/o simbólico (considerando tanto el arte rupestre como los patrones decorativos de los objetos muebles) probaría la vinculación de las poblaciones terrestres, a ambos lados de la cordillera, con la estepa. Pero hasta el momento no encontramos evidencias de que exista una relación entre estas poblaciones y las de los cazadores-recolectores marinos. Por ello este modelo debe, necesariamente, integrar otro tipo de preguntas –como podrían ser las barreras sociales o culturales existentes entre estos dos tipos de adaptaciones– que ayuden a explicar por qué la cordillera no fue permeable para cierto tipo de materiales. Concretamente, nos preguntamos si la distribución registrada de obsidias del volcán Chaitén no estaría obedeciendo a que el control de la fuente y de los mecanismos de distribución y circulación estaría bajo la órbita de los canoeros. También es necesario integrar la heterogeneidad adaptativa del sector occidental, con la presencia de pueblos agroalfareros en momentos más tardíos, al norte del área objeto de este trabajo.

El modelo propuesto pudo ser verificado para el caso del paso del Manso/El León, pero debería también contrastarse en los otros pasos ya mencionados, comprendidos entre los paralelos 41° 30' y 43° 40' latitud sur,

en los cuales todavía no se han hecho investigaciones sistemáticas y donde el ambiente boscoso y el paisaje tienen características similares. Futuras investigaciones permitirán consolidar o refutar lo que aquí se propone.

RECONOCIMIENTOS Queremos agradecer la atenta lectura y sugerencias de Francisco Mena y Pablo Fernández. Sus aportes fueron de inmensa ayuda. También a los evaluadores anónimos que con sus atinados comentarios hicieron que replanteáramos algunas ideas y propuestas de la versión original. Mirta Bonnin, directora del Museo de Antropología de la Facultad de Filosofía y Humanidades (Universidad Nacional de Córdoba) y Roxana Cattáneo, arqueóloga de esa institución, nos facilitaron la foto de la placa publicada por Greslebin de la Colección P. Alemandri, en tiempo récord: nuestro más profundo agradecimiento por ello. Agradecemos a Ana Albornoz el habernos proporcionado datos acerca de las cerámicas y las cuentas de collar que encontró en sus investigaciones. A Luis Borrero por su colaboración en la búsqueda de información. También queremos expresar nuestro reconocimiento a los integrantes del equipo arqueológico de la CA42°, tanto alumnos como profesionales, sin cuyo aporte no hubiéramos podido hacer este trabajo. Y, finalmente, a los pobladores y amigos de la CA42° y río Manso. Estas investigaciones se desarrollan en el marco de los Proyectos UBACYT 026 (Universidad de Buenos Aires), PIP 6028 CONICET y ANPCYT 26.332 (Ministerio de Ciencia y Tecnología e Innovación Productiva de la Nación).

NOTAS

¹ Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en el simposio "Fronteras que unen: interacción cultural en los Andes del Sur, desde el Holoceno Temprano hasta tiempos históricos", desarrollado en el marco del 51° Congreso Internacional de Americanistas, Sevilla, julio de 2006.

² Si bien en términos paleoambientales el Holoceno Tardío refiere a los últimos 5000 años, la totalidad de la evidencia con que contamos para este período en la CA42° y en el valle del río Manso inferior data de los últimos 2000 años.

³ Al respecto es ilustrativo el relato de la tragedia ocurrida durante uno de los viajes de Frey, mientras reconocía el río Futaleufú, en la que perecieron ahogados 11 hombres de la comitiva (Onelli 1977 [1903]: 76).

⁴ Está planificada la construcción de un camino (Labarca 2007).

⁵ Por ejemplo, en el río Manso y en el valle del río Epuyén la mayor parte de los sitios arqueológicos localizados ha sido identificado por la presencia de pinturas rupestres.

⁶ Los fechados serán citados tal como los autores los dieron a conocer en sus publicaciones. Si se trata de fechados calibrados, lo señalamos en el texto.

⁷ Chiloé continental está conformado por las comunas de Futaleufú, Palena, Chaitén, Hualaihué y Cochamó de la Región de los Lagos en Chile.

⁸ En el lago Calafquén se encontraron dos canoas que fueron datadas en 130±70 y 330±80 (Carabias et al. 2007), pero los hallazgos de embarcaciones de todo tipo son comunes en todo el centro-sur y zona austral de Chile.

⁹ En un trabajo reciente, Munita (2007) contabiliza 478 sitios, la mayoría conchales, en la Isla Grande de Chiloé, otras islas del archipiélago homónimo y el seno de Reloncaví.

¹⁰ Definimos corredores en los términos planteados por la ecología del paisaje para la cual se trata de "[...] narrow strips of land which differ from the matrix on either side" (Forman & Gordon 1986: 123). Casi todos los paisajes están divididos y al mismo tiempo conectados por corredores. Tanto corredores como parches se insertan en una matriz o cobertura de fondo que muestra alta

conectividad. Los parches pueden estar aislados o conectados por corredores que funcionan como rutas, filtros, barreras, fuentes o sumideros para organismos.

¹¹ En el área de investigación de este trabajo se recuperó una canoa en Lago Verde (Parque Nacional Los Alerces, véase Braicovich 2006). Además existen registros para el Parque Nacional Nahuel Huapi (Fernández 1978, citado por Braicovich 2006, quien hace una síntesis del tema), lago Lácar y lago Escondido en territorio argentino.

REFERENCIAS

- ALBORNOZ, A. M., 2003. Estudios recientes del arte rupestre en la Provincia de Río Negro (desde fines de 1970 a la actualidad). En *Arqueología de Río Negro*, C. J. Gradín, A. M. Aguirre & A. M. Albornoz, Eds., pp. 79-107. Río Negro: Secretaría de Estado de Acción Social de Río Negro.
- ALBORNOZ, A. M. & E. CÚNEO, 2000. Análisis comparativo de sitios con pictografías en ambientes lacustres boscosos de Patagonia septentrional. En *Arte en las rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina*, M. M. Podestá & M. de Hoyos, Eds., pp. 163-174. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología y Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología.
- ALBORNOZ, A. M. & A. HAJDUK, 2001. Antecedentes arqueológicos e históricos del Camino de las lagunas. *Tiempos Patagónicos* 7: 24-29. Buenos Aires: Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, Universidad Católica Argentina.
- ARRIGONI, G., 1997. Pintando entre lagos y bosques. Las pinturas rupestres del Parque Nacional de Los Alerces, Chubut. En *Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina (cuarta parte)*. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael (Mendoza)* XVI (1/4): 241-268, Mendoza.
- ASCHERO, C. A., 1997. De cómo interactúan emplazamientos, conjuntos y temas. En *Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina (cuarta parte)*. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael (Mendoza)* XVI (1/4): 17-28, Mendoza.
- ASCHERO, C. A.; C. PÉREZ DE MICOU; M. ONETTO; C. BELLELLI; L. NACUZZI & A. FISHER, 1983. *Arqueología del Chubut. El Valle de Piedra Parada*. Rawson, Chubut: Dirección Provincial de Cultura.
- BATE, L. F., 1970. Primeras investigaciones sobre el arte rupestre de la Patagonia chilena. *Anales del Instituto de la Patagonia* 1 (1): 15-25, Punta Arenas.
- , 1971. Primeras investigaciones sobre el arte rupestre de la Patagonia chilena (segundo informe). *Anales del Instituto de la Patagonia* 2: 33-41, Punta Arenas.
- BELLELLI, C. & F. PEREYRA, 2002. Análisis geoquímicos de obsidiana: distribuciones, fuentes y artefactos arqueológicos en el noroeste del Chubut (Patagonia argentina). *Werken* 3: 99-118. Santiago: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile y LOM Ediciones.
- BELLELLI, C. & M. M. PODESTÁ, 2006. Integración de sitios con arte rupestre a emprendimientos ecoturísticos en la Patagonia. El caso del valle del río Manso inferior. En *Tramas en la piedra. Producción y usos del arte rupestre*, D. Fiore & M. M. Podestá, Eds., pp. 237-250. Buenos Aires: World Archaeological Congress, Sociedad Argentina de Antropología y Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología.
- BELLELLI, C.; V. SCHEINSOHN; P. FERNÁNDEZ; F. PEREYRA; M. M. PODESTÁ & M. CARBALLIDO, 2000. Arqueología de la Comarca Andina del Paralelo 42°. Localidad de Cholila. Primeros resultados. En *Desde el país de los gigantes. Perspectivas arqueológicas en Patagonia*, J. B. Belardi, F. Carballo Marina & S. Espinosa, Eds., pp. 587-602. Río Gallegos: Universidad Nacional de la Patagonia Austral.

- BELLELLI, C.; M. CARBALLIDO; P. M. FERNÁNDEZ & V. SCHEINSOHN, 2003. El pasado entre las hojas. Nueva información arqueológica del noroeste de la provincia de Chubut, Argentina. *Werken* 4: 25-42. Santiago: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile y LOM Ediciones.
- 2007. Investigaciones arqueológicas en el valle del río Manso inferior (Pcia. de Río Negro). En *Resúmenes ampliados, XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo III, pp. 309-314. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- BELLELLI, C.; F. PEREYRA & M. CARBALLIDO, 2006. Obsidian Localization and Circulation in Northwestern Patagonia (Argentina): Sources and Archaeological Record. En *Geomaterials in Cultural Heritage*, M. Maggetti & B. Messiga, Eds., pp. 241-255. London: Geological Society, Special Publication 257.
- BORRERO, L. A., 1994-95. Arqueología de la Patagonia. *Palimpsesto. Revista de Arqueología* 4: 6-69, Buenos Aires.
- 2005. The Archaeology of the Patagonian Deserts. Hunter-gatherers in a Cold Desert. En *Desert Peoples. Archaeological Perspectives*, P. Veth, M. Smith & P. Hiscock, Eds., pp. 142-158. Cornwall: Blackwell Publishers.
- BRAICOVICH, R., 2006. ¿Y... navegaban en ese palo? Las canoas monóxilas del lago Nahuel Huapi. *Revista de la Escuela de Antropología* 30: 40-53, Rosario.
- CARABIAS, D.; M. CHAPANOFF & L. ADÁN, 2007. Evidencias de navegación en ambientes lacustres precordilleranos andinos: evaluación arqueológica subacuática del sitio Dos Canoas del lago Calafquén. En *Arqueología de Fuego-Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos... y develando arcanos*, F. Morello, M. Martinic, A. Prieto & G. Bahamonde, Eds., pp. 503-514. Punta Arenas: Ediciones CEQUA.
- CARBALLIDO, M., 2007. Conjuntos líticos del ecotono bosque-estepa en la localidad de Cholila (Provincia del Chubut). En *Arqueología argentina en los inicios de un nuevo siglo. XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo I, F. Oliva, N. de Grandis & J. Rodríguez, Comps., pp. 309-318. Rosario: Universidad Nacional de Rosario.
- CASAMIQUELA, R., 2005. Reflexiones acerca de la significación de los tehuelches septentrionales australes-occidentales (Chüwach a künna). En *Poblamiento del noroeste del Chubut. Aportes para su historia*, D. Finkelstein & M. M. Novella, Comps., pp. 135-179. Chubut: Fundación Ameghino.
- CRIVELLI MONTERO, E.; D. CURZIO. & M. SILVEIRA, 1993. La estratigrafía de la cueva Trafal I (Provincia del Neuquén). *Praehistoria* 1: 9-160, Buenos Aires.
- COX, G. E., 1999. *Viaje en las rejiones septentrionales de la Patagonia (1862-1863)*. Buenos Aires: Elefante Blanco.
- DILLEHAY, T. D., 1997. *Monteverde. A Late Pleistocene Settlement in Chile*. Washington-London: Smithsonian Institution Press.
- FERNÁNDEZ, P. M., 2006. Aprovechamiento de recursos faunísticos en los ambientes de estepa y ecotono bosque estepa del norte de la provincia del Chubut. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- 2008. Taphonomy and Zooarchaeology in the Neotropics: A View from Northwestern Patagonian Forest and Steppe. *Quaternary International* 180 (1): 63-74, International Union for Quaternary Research.
- FERNÁNDEZ, P. M.; C. BELLELLI; V. ALTINIER; F. PEREYRA; V. SCHEINSOHN; M. CARBALLIDO & M. M. PODESTÁ, 2008. Fuego, agua, tierra. Procesos de formación del registro arqueológico en el bosque caducifolio del noroeste de Patagonia. En *Libro de Resúmenes. VII Jornadas de Arqueología de la Patagonia*, p. 49. Ushuaia: CADIC-CONICET.
- FLORES, C., 2007. Estrategias de aprovechamiento de la diversidad ecológica del intermareal prehistórico conchales del seno de Reloncaví, X Región, Chile. En *Arqueología de Fuego-Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos... y develando arcanos*, F. Morello, M. Martinic, A. Prieto & G. Bahamonde, Eds., pp. 33-38. Punta Arenas: Ediciones CEQUA.
- FLORES, C. & N. LIRA, 2006. Aspectos comunes para sitios de cazadores recolectores costeros en los canales patagónicos septentrionales. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 39: 103-112, Santiago.
- FONCK, F., 1896-1900. Viajes de Fray Francisco Menéndez a Nahuel Huapi. En *Diarios de Fray Francisco Menéndez. Publicados y comentados por Francisco Fonck*. Tomo 2. Valparaíso: Colección Biblioteca Nacional.
- FORMAN, R. & M. GORDON, 1986. *Landscapes Ecology*. New York: John Wiley & Sons.
- GAETE, N. & X. NAVARRO, 2004. Estrategias de vida de canoeros cazadores pescadores recolectores del seno de Reloncaví. Entre el bosque siempreverde y el mar interior. Región de Los Lagos, Chile. En *Contra viento y marea. Arqueología de Patagonia*, M. T. Civalero, P. M. Fernández & A. G. Guráieb, Comps., pp. 217-235. Buenos Aires: INAPL y Sociedad Argentina de Antropología.
- GAMBLE, C., 1980. Information Exchange in the Paleolithic. *Nature* 283: 522-523.
- GOLLEDGE, R., 2003. Human Wayfinding and Cognitive Maps. En *Colonization of Unfamiliar Landscapes. The Archaeology of Adaptation*, M. Rockman & J. Steele, Eds., pp. 25-43. London: Routledge.
- GRADIN, C. J., 1999. Sobre las tendencias del arte rupestre de Patagonia argentina. En *Segundas Jornadas de Investigadores en Arqueología y Etnohistoria del Centro-Oeste del País*, M. Tamagnini, Comp., pp. 85-99. Río Cuarto: Universidad Nacional de Río Cuarto.
- 2003. Arte rupestre de la Provincia de Río Negro. En *Arqueología de Río Negro*, C. J. Gradin, A. Aguirre & A. M. Albornoz, Eds., pp. 41-49. Río Negro: Secretaría de Estado de Acción Social de Río Negro.
- GRESLEBIN, H., 1930. Descripción de dos nuevas placas rectangulares grabadas de Patagonia prehispánica. *Physis* 10 (35): 8-16, Buenos Aires.
- HAJDUK, A., 1991. Sitio arqueológico de contacto hispano-indígena Llaolao. *Comunicaciones Científicas del Museo de la Patagonia "F. P. Moreno"* 2: 1-24, Bariloche.
- HAJDUK, A. & A. M. ALBORNOZ, 1999. El sitio Valle Encantado I. Su vinculación con otros sitios: un esbozo de la problemática local diversa del Nahuel Huapi. En *Soplando en el viento*, J. B. Belardi, P. M. Fernández, R. A. Goñi, A. G. Guráieb & M. De Nigris, Eds., pp. 371-391. Neuquén-Buenos Aires: Universidad Nacional del Comahue-INAPL.
- HAJDUK, A.; A. M. ALBORNOZ & M. LEZCANO, 2004. El Mylodón en el patio de atrás. Informe preliminar sobre los trabajos en el sitio El Trébol, tejido urbano de San Carlos de Bariloche, provincia de Río Negro. En *Soplando en el viento*, J. B. Belardi, P. M. Fernández, R. A. Goñi, A. G. Guráieb & M. De Nigris, Eds., pp. 715-731. Neuquén-Buenos Aires: Universidad Nacional del Comahue-INAPL.
- 2006. Levels with Extinct Fauna in the Forest Rockshelter El Trébol (Northwest Patagonia, Argentina). *Current Research in the Pleistocene* 23: 55-57, Texas.
- IGM, 1959. Hoja 72. Nahuel Huapi. 1:500.000. Buenos Aires: Ministerio de Defensa.
- 1968. Hoja 77. Esquel. 1:500.000. Buenos Aires: Ministerio de Defensa.
- LABARCA E., R., 2007 Ms. Informe de prospección arqueológica Proyecto Vial Río Manso (Comuna de Cochamó, Región de Los Lagos, Chile).
- LOSADA GÓMEZ, H., 1980. *Placas grabadas prehispanicas de Argentina*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- MARCONETTO, M. B., 2002. Análisis de los vestigios de combustión de los sitios Alero Don Santiago y Campo Moncada. En *Plantas y cazadores en Patagonia*, C. Pérez de Micou, Comp., pp. 33-54. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- MAITTEUCCI, S. & V. SCHEINSOHN, 2004. Procesamiento de imágenes, SIG y modelos ecológicos aplicados a la arqueología. *GeoFocus, Revista Internacional de Ciencia y Tecnología de la Información Geográfica*. Artículo N° 5 (online): pp. 93-109.

- <http://geofocus.rediris.es/docPDF/Articulo5_2004.pdf> ISSN 1578-5157 [citado 30-06-2008].
- 2005. Materiales arqueológicos y patrones espaciales: tres años de trabajo en la intersección entre la ecología de paisajes y la arqueología. *Primeras Jornadas Argentinas de Ecología del Paisaje*. Publicación en CD ROM. Buenos Aires: GEPAMA / IALE / FADU.
- MELTZER, D. 2003. Lessons in Landscape Learning. En *Colonization of Unfamiliar Landscapes. The Archaeology of Adaptation*, M. Rockman & J. Steele, Eds., pp. 222-241. London: Routledge.
- MENA, F., 1987. Investigaciones sobre cazadores continentales en Aisén: Chile. *Primeras Jornadas de Arqueología de la Patagonia*. Serie Humanidades 2: 161-170. Rawson: Gobierno de la Provincia del Chubut.
- 1991. Cazadores recolectores en el área patagónica y tierras bajas aledañas (Holoceno Medio y Tardío). *Revista de Arqueología Americana* 4: 131-163, México.
- MENGHIN, O. F. A., 1957. Estilos de arte rupestre de Patagonia. *Acta Praehistorica* 1: 57-87. Buenos Aires: Centro de Estudios Prehistóricos.
- MUNTA, D., 2007. Materias primas líticas en sitios costeros del extremo sur septentrional de Chile. Dispersión y aprovisionamiento. En *Arqueología de Fuego-Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos... y develando arcanos*, F. Morello, M. Martinic, A. Prieto & G. Bahamonde, Eds., pp. 189-203. Punta Arenas: Ediciones CEQUA.
- ONELLI, C., 1977 [1903]. *Trepando los Andes*. Buenos Aires: Marymar.
- ONETTO, M., 1991. Propuesta para la integración del arte rupestre dentro del sistema de comportamiento de los cazadores-recolectores del valle de Piedra Parada, curso medio del río Chubut. En *El arte rupestre en la arqueología contemporánea*, M. M. Podestá, M. I. Hernández Llosas & S. F. Renard de Coquet, Eds., pp. 123-131, Buenos Aires.
- PÉREZ DE MICOU, C., 2002. Del bosque a la estepa. La caña colígue, visibilidad arqueológica de una materia prima vegetal. En *Plantas y cazadores en Patagonia*, C. Pérez de Micou, Comp., pp. 65-87. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- PODESTÁ, M. M. & E. B. TROPEA, 2001. Expresiones del arte rupestre tardío en el ecotono bosque-estepa (Comarca Andina del Paralelo 42°. Patagonia). Ponencia presentada al XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Rosario: Universidad Nacional de Rosario (en prensa).
- PODESTÁ, M. M. & A. M. ALBORNOZ, 2007. El arte rupestre del sitio Paredón Lanfré dentro del contexto arqueológico del valle del río Manso inferior (Pcia. de Río Negro). En *Resúmenes ampliados, XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo III, pp. 429-434. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- PODESTÁ, M. M.; R. S. PAUNERO & D. S. ROLANDI, 2005. *Arte rupestre de Argentina indígena. Patagonia*. Academia Nacional de la Historia, Unión Académique Internationale. Buenos Aires: GAC.
- PODESTÁ, M. M.; C. BELLELLI; P. M. FERNÁNDEZ; M. CARBALLIDO & M. PANIQUELLI, 2000. Arte rupestre de la Comarca Andina del Paralelo 42°: un caso de análisis regional para el manejo de recursos culturales. En *Arte en las Rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina*, M. M. Podestá & M. de Hoyos, Eds., pp. 175-201. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología y Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología.
- PODESTÁ, M. M.; C. BELLELLI; V. SCHEINSOHN; P. M. FERNÁNDEZ; M. CARBALLIDO; A. FORLANO; P. MARCHIONE; E. TROPEA; A. VASINI; J. ALBERTI; M. GALLO & G. MOSCOVICI VERNIERI, 2007. Arqueología del valle del río Epuyén (El Hoyo, Chubut, Patagonia Argentina). En *Arqueología de Fuego-Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos... y develando arcanos*, F. Morello, M. Martinic, A. Prieto & G. Bahamonde, Eds., pp. 427-442. Punta Arenas: Ediciones CEQUA.
- PODESTÁ, M. M.; C. BELLELLI; R. LABARCA; A. M. ALBORNOZ; A. VASINI & E. TROPEA, 2008. Arte rupestre en pasos cordilleranos del bosque andino patagónico (El Manso, Región de Los Lagos y Provincia de Río Negro, Chile-Argentina). *Magallania* 36 (2): 145-156, Punta Arenas.
- SADE, K., 2008. *Cazadores extintos de Aysén continental*. Coyhaique: Ediciones Nire Negro.
- SÁNCHEZ-ALBORNOZ, N., 1958. Pictografías del valle de El Bolsón (Río Negro) y del lago Puelo (Chubut), Argentina. *Acta Praehistorica* II: 146-175, Buenos Aires.
- SCHEINSOHN, V. & S. MATTEUCCI, 2004. Spaces and Species: Archaeology, Landscape Ecology and Spatial Models in Northern Patagonia. *Before Farming* 2004/1, article 2 (online) <http://www.waspress.co.uk/journals/beforefarming/journal_20041/abstracts/index.php> ISSN 1476-4261 [citado 30-06-2008].
- 2005. A Regional Model of Archaeological Distributions for Comarca Andina del Paralelo 42°, Patagonia, Argentina. En *Uso de sistemas de información geográfica (SIG) en la arqueología sudamericana*, M. J. Figuerero Torres & A. Izeta, Eds. Oxford: BAR International Series (en prensa).
- SCHOBINGER, J., 1956. Las "clavas insignia" de Argentina y Chile. Descripción de nuevos ejemplares procedentes de las provincias del Neuquén y Mendoza, y análisis de conjunto. *Runa. Archivo para las ciencias del hombre* 7 (2): 252-280, láminas XXIII-XXV, Buenos Aires.
- STEFFEN, H., 1909. *Viajes de exploración i estudio en la Patagonia occidental 1892-1902*. Tomo primero. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
- STERN, C. & P. CURRY, 1995. Obsidiana del sitio Pose Las Conchillas, Isla Traiguén (45° 30'S), archipiélago de Los Chonos. *Anales del Instituto de la Patagonia* 23: 119-124, Punta Arenas.
- STERN, C. R.; J. GÓMEZ OTERO & J. B. BELARDI, 2000. Características químicas, fuentes potenciales y distribución de diferentes tipos de obsidianas en el norte de la provincia del Chubut, Patagonia Argentina. *Anales del Instituto de la Patagonia* 28: 275-290, Punta Arenas.
- TORTORELLI, L. A., 1947. *Los incendios de bosques en la Argentina*. Buenos Aires: Ministerio de Agricultura de la Nación.
- WHITLOCK, C.; M. M. BIANCHI; P. BARTLEIN; V. MARKGRAF; J. MARLON; M. WALSH & N. MCCOY, 2006. Postglacial Vegetation Climate and Fire History Along the East Side of the Andes (Lat 41-42.5° S), Argentina. *Quaternary Research* 66 (2): 187-201.
- WIESSNER, P., 1983. Style and Social Information in Kalahari San Projectile Points. *American Antiquity* 48 (2): 253-276.

